



CAPÍTULO III

De Valldemosa á Sóller, por Deyá.—De Sóller, por el Gorch Blau á Lluch.
Pollensa, Alcudia

Si desea el viajero continuar la impresión que le haya causado Valldemosa, diríjase á la senda que á través de fragosidades y de una cadena de riscos, casi siempre costeano el mar desde grande altura, va á Sóller. Áspera es la travesía, mas la naturaleza á cada paso le pondrá por delante tales accidentes, que muy cerrado ha de estar su corazón á las bellezas del paisaje para que no dé al olvido la fatiga y aun no sienta

gran solaz y deleite (a). Y pues los monumentos del arte ya no volverán á detenerle en sus correrías, justo es que las consagre á lo que tal vez sea lo más pintoresco de la isla, á lo que ofrece reunido lo más característico de su vegetación y de sus vistas. Á poco, pues, de abandonada Valldemosa, emprenda la agria subida que le hará tramontar un cerro y le llevará á las puertas de la *Ermita*. Si el sol entonces empieza á dorar las vertientes opuestas, y ningún rumor turba todavía el silencio de la morada de los solitarios, llame á aquella puerta que nunca fué sorda al que á ella acude, y mientras descabalgua y arrienda su caballería, dé una ojeada á ese retirado sitio. Á sus espaldas lo sombrea la mole gigantesca de la cumbre que va á unirse al collado que antes traspuso; á uno y otro lado tiéndese la costa con variados efectos; enfrente y á una profundidad espantosa la vasta sábana del mar sube como una llanura de inmenso declive á cerrar el horizonte. La quietud de la hora, la sombra que aún se proyecta sobre toda esa plaga del norte, las ráfagas de luz amarillenta ó bermeja que salvando alguna que otra garganta hieren hacia poniente los cerros y los vallados y tiñen á lo lejos las aguas, traen no sé qué bienestar y deleite, que fuerza á devolver concisamente su benévolo saludo al ermitaño que ha venido á abrírnos, y á cruzar aprisa un corredor aplastado y mezquino (b) para proseguir la contempla-

(a) Embelesado el autor en el examen de la Cartuja, se deja atrás la campestre villa y su parroquia de Santa María estacionadas en la pendiente desde los primeros años de la reconquista con las inevitables renovaciones, y le falta espacio para seguir los innumerables senos y repliegues del valle celebrado, tal vez con algún exclusivismo, respecto de otros que no le van mucho en zaga, y sinónimo así para viajeros como para naturales de salubridad y de hermosura. Tanto jardín de frutales en las hondonadas, tanto grupo de encinas destacado de los peñascos y de los olivares, tan risueñas casitas y tan majestuosos predios (la Coma, Son Gual, Pastorig, Son Brondo, Son Ferrandell, Son Oleza, Son Moragues) como asoman en las laderas ó coronan las alturas, tantas benditas memorias de la angelical Catalina Tomás, su humilde casa natal, la fuente, el molino que frecuentaba, todo esto ó lo que pudo conocer mi amigo, sintetizando en su alma las impresiones, la elevó á región más espiritual, como se revela en el presente capítulo.

(b) No un corredor, sino el emparrado del huertecillo, en cuyo fondo encima

ción de ese cuadro con más holgura y desde más despejado punto en el pequeño jardín ó mirador de aquella santa casa. Allí dominamos la rápida pendiente ó mejor el precipicio que va á parar á la orilla del mar; y desde un asiento como no todos los grandes de la tierra lo poseerán en sus mansiones de placer, los ojos abarcan una escena, que si por sus detalles distrae y embelesa, por la grandiosidad de sus lineamientos enaltece é hinche el espíritu. Ya á los rayos del sol blanquean á la izquierda los limpios caseríos en los recodos y en las lomas de los montes que ocultan la deliciosa Bañalbufar, la del nombre arábigo menos dulce que el precioso jugo de que sus vides abastecen á la isla, no tan grato al sentido como los arrayanes que en sus crestas perfuman las brisas, ni como el són de éstas cuando apaciblemente olean los pámpanos y menean las hinchadas uvas. La playa, después de trazar con gracia una curva blanquecina, forma un extremo saliente detrás del cual se dibuja la ensenada que también lleva aquel poético nombre, un tiempo frecuentada de los corsarios berberiscos cuando á favor de esas calas saltaban á llevar la muerte, el incendio y la esclavitud á las pacíficas campiñas de la costa.

Ni tampoco le faltan á este cuadro sus recuerdos, y las atalayas que aún irguen por allí sus cubos despedazados y morenos están convidando á la evocación de una de esas breves escenas, que pusieron una nueva cuerda en la lira de nuestros romanceros. Bien es fácil figurarse cómo la torre de Valldemosa, al descubrir las galeras turcas, envía sus guardas y hace sus ahumadas, que siendo correspondidas desde la punta del *Cavall Bernat* por todos los cabos y por todas las cumbres hasta la Dragonera, Cala Figuera y la del Señal, introducen la alarma en la ciudad, mientras á la parte opuesta dan la vuelta por

del antepecho del mirador destacaba con sorprendente efecto sobre la inmensidad del mar una cruz de madera; á un lado se mostraba la viejísima murta, toda tronco, denominada *de la Beata*.

Sóller, llaman desde la *Mola de Tuent* la atención de Pollensa, llevan el aviso á la solitaria atalaya de Alcudia y á Cap de Pera, que á su vez lo difunde por aquellas playas. Ó si nos place fingir que la luna riela en las ondas apenas alteradas, entonces á las ahumadas reemplazarán los fuegos que sobre la plataforma alzan su roja cabellera y hacen destacar la negra corona de almenas que los ciñe; y encendiendo otras llamas en cada cala, en cada punta, en cada colina donde una atalaya exista, ese lenguaje de fuego rodeará en breve á Mallorca, cruzará la llanura é irá á romper las sombras que envuelven á las islas Dragonera, Cabrera y quizás Ibiza. A su resplandor siniestro ó al arribo anhelante y apresurado de las escuchas, responde en la villa el murmullo de los que llaman á las armas, y en el campanario el toque precipitado de rebato que á su vez interrumpe el silencio nocturno con otra habla más elocuente. Cunde el tañido lúgubre por las hondonadas y por la campaña, y va á despertar á los habitantes de las solitarias alquerías. Redobra á su estruendo la confusión: las madres, las doncellas y los ancianos sálvanse con los pequeñitos y con sus mejores alhajas al interior ó á las escarpadas alturas; los mozos se arman, las compañías se forman, los jurados y el capitán real envían á todos los pasos sus atajadores, reparten los caballos, y recogen las noticias que los exploradores de todas partes traen. La ciudad pierde toda quietud y silencio; la voz sonora de *En Figuera* llama á los vecinos, como clamando de lo alto de su antigua torre municipal: *moros, moros en la mar!*; *Na Aloy* agita su bronceada lengua en el ancho campanario de la catedral (1), y otras bocas de bronce estremecen las cúpulas y las galerías que sobresalen en los de otros templos. Las *decenas* y las *cincuentenas* acuden, los *doscientos* están á punto, los *caballos forzados* destacan postas que á toda rienda vayan á tomar lengua ó trai-

(1) Es la campana mayor de la catedral: sobre *En Figuera*, ó *Seny del lladre*, que es como si dijéramos *Campana de rebato*, véase la página 893.

gan al señor virrey los avisos que del interior reciban (a). Mas ¿cuál será el punto amenazado? La claridad del día desvanecerá los temores ó hará cesar la incertidumbre, y dirá sobre qué comarca descargarán los infieles la furia de su desembarco.

El alba del 1.º de Octubre de 1552 te dijo á ti, oh pintoresca Valldemosa, que en tu marina y en la cala *den Canet* tomaban tierra los cuatrocientos piratas que en diez galeotas venían. Ninguna hoguera pudo avisarte de noche, pues aún no sobresalía entonces el hombre estudioso y benéfico que planteó aquellas mudas y rápidas señales (1); mas la noticia, si te sorprendió descuidada, no te encontró cobarde ni remisa en tu propia defensa. Treinta y seis eran los que acudieron á las órdenes del capitán Raimundo Gual de Mur, buen caballero; treinta y seis solos probaron á detener al enemigo y salvar á los retirados anacoretas, á sus padres, á sus hijos y á sus esposas; y mientras la robusta torre de la Cartuja, resto del antiguo alcázar de D. Sancho, su barbacana almenada y su recinto cerrado daban asilo á cuantos allí pudieron procurarse un abrigo momentáneo, treinta y seis y su capitán iban al encuentro de los turcos, á tentar en los desfiladeros la suerte de las armas. La desigualdad del número les forzó á tomar el duro consejo de abrir paso y de consentir, oh Valldemosa, en tu propio estrago; mas la fortaleza de este sacrificio sobrepujó á la loca temeridad de arrostrar el ímpetu del berberisco, y la venganza que merced á ese consejo astuto ejercieron compensó con creces el daño y el ultraje. Los matorrales de tus asperezas les escondieron mientras furioso aquél avanzaba; detrás de las rocas y de los zarzales oyeron sin moverse el lloro y el rumor de tu saqueo y la resistencia de la Cartuja;

(a) Este cuadro de mano maestra es de pura fantasía respecto á la época á que se refiere, anterior de muchos años, como observa el autor en seguida, al sistema de fuegos establecido por Binimelis y á la edificación de las atalayas (v. pág. 464). No es que fueran desconocidas ya de muy antiguo las torres litorales y los torresos.

(1) El Dr. D. Juan Binimelis, médico, astrónomo y cronista de Mallorca, el cual dió la idea de estos fuegos y logró que se planteasen en 1590.

desde esta emboscada vieron volver á los infieles en desorden, ebrios del vino y con la fácil victoria, cargados con el botín, revueltos con los cuatrocientos cristianos que cautivaron, desapiadados con la inocente niñez, con la ancianidad y con el ministro de Dios que curaba de aquellas almas. Lo que debiera serles motivo de descaecimiento, encendió en ellos nuevo ardor y coraje, y breves razones bastaron á su capitán para animarles al ataque. Entonces por encima de los matorrales ondeó, oh Valldemosa, tu bandera y retumbaron tus arcabuces; y cual visión súbitamente evocada de la tierra, aparecieron tus hijos sobre los desbandados y sobrecogidos infieles, y dando libertad á los cautivos no escasearon las heridas y sembraron la muerte entre los que no corrieron á reembarcarse. Setenta y dos cabezas berberiscas atestiguaron en la capital su desnudo y su triunfo; un cadáver colgado de un palo en una galeota turca, la rabia de los piratas que atribuyeron la sorpresa al renegado valenciano que los guió por aquella angostura (a).

Hoy permanece aún hacia la derecha parte de la torre de Valldemosa, ya sólo sirviendo de adorno al paisaje la que fué vigía y defensa. No lejos de ella vese la Trinidad, donde las ruinas de una antigua iglesia son todo lo que subsiste del colegio de lenguas orientales que en 1276 fundó la caridad ardiente de Raimundo Lulio. El rey D. Jaime II lo dotó con la renta de quinientos florines anuales, y el gran Lull lo habitó largo tiempo con trece religiosos á quienes enseñó el árabe; mas no comprendida entonces la idea del fundador, volvió su colegio á poder de la corona que primeramente lo destinó para alconar suyo y después lo transfirió á diferentes dueños. Sin embargo la tradi-

(a) Explánase aquí poéticamente el breve relato dado en la parte histórica página 440 y siguiente. En la invasión del 13 de Mayo de 1582 salieron derrotados ciento cincuenta moros en el mal paso de la *Foradada* por cincuenta hombres apenas que pudo reunir Mateo Çanglada, con muerte de muchos cuyos cadáveres procuraron los fugitivos embarcar, dejando un reguero de sangre por el camino.

ción de su primitivo destino no se perdió en Mallorca, como tampoco cesó jamás la devoción á todo lo del Beato Raimundo; y en las épocas distintas en que los reyes lo concedieron á sacerdotes celosos, la juventud vino á aprender en sus cátedras la doctrina luliana, y el reino debió á ese asilo del saber la introducción de la imprenta. Los antiguos llamaron aquel sitio con el risueño nombre de Miramar, significativo y en gran manera adecuado al extenso horizonte que por la parte del mar disfruta; este mismo le dió Raimundo en sus obras, y con él fueron señalados los primeros libros impresos que Mallorca posee (a).

(a) De cuantas plausibles mudanzas han ocurrido en la isla desde que la visitó Piferrer, ninguna le hubiera entusiasmado al par de la que ha obrado y sigue obrando en Miramar el esclarecido archiduque de Austria Luis Salvador, hermano del postrer gran duque de Toscana, estableciéndose en la restaurada fundación de Lull, rindiendo culto por todos los medios imaginables á la memoria del mártir y del sabio, realizando con el arte, si es que cabe allí, la inmejorable naturaleza. La historia de Miramar tocada tan por cima en el texto y su presente estado reclaman mención más detenida, en la cual me permitiré copiarme á mi mismo:

«Toda la deliciosa pendiente, á cuya nativa belleza tan poco han quitado ni añadido seiscientos años, pertenecía al monasterio cisterciense de la Real por donación del conde Nuño Sans su fundador, y formaba parte de la alquería de Deyá, cuya otra mitad más al norte había heredado el rey del mismo conde su pariente, estableciéndola á Bartolomé Calafat. Esta fué la que trocó Jaime II con el abad Imberto por la otra de Miramar, desiriendo sin duda á la elección de su convertido senescal, que como tan relacionado con los moradores de aquel claustro donde se retiraba á menudo á escribir sus obras, conocería la situación de la heredad, si es que no la había cruzado alguna vez yendo de caza ó en seguimiento del príncipe desde su residencia de Valldemosa. Escogidos también por Lull fueron los religiosos á quienes había de encomendarse la alta empresa; y su preferencia no vaciló en decidirse por la orden franciscana, á que tan adicto se mostró siempre, y que parecía la especialmente destinada para las lejanas misiones entre infieles, selladas ya más de una vez con el martirio. Trece fué el número de ellos, en memoria seguramente del apostolado con el Salvador á su cabeza. ¿Sus nombres?... han quedado en el olvido, del cual ya no es probable salgan por alguna feliz casualidad. Hallábase la comunidad bien completa y comenzados los estudios, cuando en 16 de Noviembre de 1276 expidió en Roma el papa Juan XXI la bula de aprobación... ¿Quién era el maestro que iniciaba á aquella fervorosa treceña, vestida de tosco hábito, en el lenguaje oriental de sus futuros oyentes, tal vez neófitos, tal vez verdugos? El mismo Lull probablemente; que no le permitiría buscarles otro, entre rencorosos esclavos ó tornadizos aventureros, el fatal recuerdo del ingrato blasfemo, que olvidando los beneficios con que habían sido pagadas sus lecciones de tantos años, se lanzó como un tigre sobre su discípulo y señor, y acabó por hacerse justicia con el suicidio. Y después de transfundir á los jóvenes franciscanos sus conocimientos lingüísticos y todavía más su alta

Con sólo una noción vaga de esos recuerdos desfigurados y realizados por la tradición, y delante de tan magnífica perspectiva, los hombres sencillos que moran en la Ermita consagran sus

ciencia é inflamados sentimientos, quedábale espacio, durante los dos ó tres años que con ellos residió, para escribir graves y profundas obras, y para vivir en sublime y asidua contemplación como el anacoreta más solitario.

»Sin una palabra de prácticas de comunidad ni de ejercicios literarios, todos son de vida íntima los recuerdos más ó menos explícitos que de Miramar nos ha dejado su fundador eminente. Allí, *entre la cultivada viña y el silvestre hinojo, prendióle el amor y le hizo enamorar todo de Dios y habitar entre llantos y suspiros*. Allí se levantaba á media noche para contemplar en las estrellas del cielo á su amado, y en él se recreaba al amanecer dilatando la vista por montes y llanuras, y por la mañana cultivando su huerto, y por la tarde meditando al són de la murmurante fuente, y al anochechar espionando otra vez desde el terrado puesto encima de su celda el primer fulgor de los astros, como si viniese cada uno á revelar-le una ignorada perfección divina. Allí, huyendo de la afluencia de gente devota que frecuentaba el altar de la Trinidad, trasladó su morada, para orar más recogido, á una altura distante de la iglesia una milla, á aquella cueva y á aquella fuente sin duda que conserva su bienaventurado nombre, y que los ganados según tradición han enseñado á los hombres á respetar. Los densos bosques y deliciosos verjeles y ocultas ermitas y bellas descripciones que tanto abundan en sus apólogos, los tiernísimos y ardientes coloquios del Amigo con el Amado, tesoro son de impresiones y afectos acaudalados en este yermo, vigorosa savia de la naturaleza que le fortalecía en sus viajes y trabajos, ecos de la soledad que le acompañaban á las capitales más populosas. Miramar es el nombre querido que repite en sus versos, la fundación predilecta á que, expresamente ó no, se refiere á cada paso en sus obras, el objeto de su singular complacencia mientras subsistió, y de los más sentidos lamentos por su ruina: siempre y en todas partes le están presentes los frailes Menores sus compañeros, seguidores de Cristo en la pobreza para serlo luego en la pasión, y aquel rey tan dadivoso, tan *amable*, tan *noble* y *sabio*, y *de buen entendimiento* y *de buenas costumbres*, cuya piedad allí los ha reunido.

»Á Roma marchó Raimundo hacia 1278 con dos religiosos, sus más aprovechados discípulos, preludiando con tres siglos y medio de antelación el grandioso instituto de *Propaganda Fide*... Veinte y dos años tardó esta vez en volver á su patria, después de interesar á papas y á reyes y á capítulos generales de las órdenes dominica y franciscana en la fundación de colegios de lenguas orientales. Y entretanto ¿qué era del primitivo, de la casa matriz de misioneros? No culpemos los trastornos que sufrió por aquellos años esta hermosa isla, arrebatada al legítimo soberano por su sobrino el de Aragón: Alfonso III, respetando la piadosa fundación, la tomó en 13 de Enero de 1286 bajo su amparo, y lo mismo su hermano y sucesor Jaime II en 9 de Enero y 10 de Febrero de 1292. Causas ciertamente no políticas determinaron su abandono, causas que reserva constantemente Lull, permitiéndose tan sólo, al escribir en 1295 su poema del *Desconort*, aquella mansa queja:

E conciencia n'haja qui ho ha afoylat.

»Miramar volvió á ser hacienda, sin conservar de su piadoso objeto más indicio que la capilla. Los cistercienses, que habían perdido su posesión por haber

días á los ejercicios piadosos, y á las inocentes labores con que tal vez han de proveer á su alimento. El edificio, bajo y nada notable, asoma en aquella eminencia y al borde de la pendiente

intentado darla en establecimiento, no la recobraron sino para renunciarla en 12 de Diciembre de 1337 á favor del infante D. Fernando hermano de Jaime III de Mallorca, cuyos bienes no habían de ser más respetados que la corona del infeliz monarca, á quien siguió lealmente, por la ambición insaciable de Pedro IV que los incorporó á su patrimonio. Algunos derechos sin embargo debió de retener sobre este sitio el monasterio de la Real, cuando en él vivían hacia 1380 por concesión del abad un obispo Trilliense (fray Jaime Badía franciscano) y otro religioso, llenando tal vez el puesto de los dos sacerdotes encargados del culto del santuario y de celebrar por los reyes difuntos. La contienda se decidió al fin en 1393 á favor del real fisco por el deán de Tarragona juez delegado, y con real cédula de Juan I vinieron aquí en 1395 los presbíteros Juan Sanz y Nicolás Cuch instruidos en la ciencia Luliana. Interin el palacio de Valldemosa se transformaba en cartuja por merced del piadoso rey Martín, Miramar (cuyo nombre iba borrando la advocación de la Trinidad) dió albergue á los hijos de San Bruno, á los cuales se agregó Cuch; y Sanz con su nuevo compañero Juan Casellas traspasó su morada á unos ermitaños, que tomaron el hábito de la orden jerónima, recién instituida en Castilla y plantada ya con gran resultado en Valencia.

»Más de un siglo después de la dispersión de los frailes Menores, á la entrada del xv, brotó de entre las ruinas de su claustro una nueva comunidad; pero separada de sus hermanas del continente por el mar bravío, nunca llegó á florecer con lozanía, por más que estuviese representada en los capítulos generales, y al cabo hacia 1443 abandonaron el edificio los Jerónimos, pasando al convento de la Murta en Alcira. Sin intermisión apenas, los reemplazaron los Dominicos; mas tampoco prosperó esta primera hijuela de su magnífica residencia de la capital, que yermada por los estragos de la peste en 1475, reclamó para repoblar sus vastos corredores á los que en este retiro habitaban. Cumplíase entonces el segundo centenario de la fundación de Miramar, fecundo en ensayos de vida monástica; y abrióse el tercero, renovando con homenajes literarios la memoria de Raimundo. Aquí el sabio doctor Bartolomé Caldentey estudiaba el *arte* que leía en la cátedra dotada por la noble Inés de Quint; aquí el reverendo Francisco Prats consagraba poemas al bienaventurado y escribía su *Devota contemplación*; aquí inauguraba con nitidez la imprenta mallorquina, un cuarto de siglo después del admirable invento y á los once años de su introducción en España, maese Nicolás Calafat mallorquín y de Valldemosa, como bien lo indica el apellido, publicando en 1485 un tratado de Gerson, en 1487 la citada obra de Prats, en 1488 el *Breviario Mayoricense*; y los tres amigos, mancomunando sus luces y sus recursos, formaban un monumento viviente á la gloria de su inmortal maestro.

»Dueños del territorio Caldentey y Prats por gracia de Fernando el *Católico* otorgada en 6 de Diciembre de 1492, vendieron parte de él á Jaime Gallart, abuelo materno probablemente de la santa virgen de Valldemosa, la cual huérfana desde su más tierna edad creció de 1540 á 1550 en aquel predio que lleva aún el apellido del comprador, á la sombra de sus tíos, Bartolomé Gallart y María Tomás, no siempre tan dulces con ella como demandaban sus amables virtudes. Los bosques, los valles, las fuentes que á Miramar rodean, no menos que su antigua capilla, volvieron á ser testigos de coloquios, de éxtasis, de visiones portentosas; y la voz de Catalina Tomás despertaba, acaso sin saberlo, por aquellas soledades

como agachado á la sombra de la gran masa que se eleva á sus espaldas; y la vegetación que lo rodea, cual si revelara otro clima más ardiente, trae no sé qué vaga imagen de esos humildes

los inspirados ecos del varón contemplador, del cual á tener noticia hubiera sido tan devota: hasta tal punto ¡oh dolor! se había borrado el recuerdo de Lull de la sencilla veneración de los pueblos, para vivir sólo en la admiración y controversias de los sabios. Habitaba esta mansión histórica, primero por cesión del canónigo Nicolás Montanyans, más tarde por merced directa de los reyes, fray Antonio Castañeda natural de Valladolid, antes bizarro capitán del ejército del Emperador, quien después de seguirle en 1541 á la desgraciada expedición de Argel, náufrago y desengañado halló puerto en Mallorca, y lo buscó más seguro en el retiro, cuidando mejor de santificarse á sí y á las almas que dirigía, como la de la pobre doncella que le debió su entrada en el claustro, que de indagar las huellas insignes de los que en su ermita le precedieran. Sepultado á su muerte en 1584 en medio de la pequeña iglesia, extinguióse con él y con su compañero fray Domingo de Larez la sucesión de anacoretas con que contaban, y hasta el sagrado culto, pues en 1599 el delegado del obispo Vich y Manrique mandó quitar del oratorio casi siempre cerrado la reserva del santísimo Sacramento, y reparar la custodia y la urna del jueves santo, haciendo cargos por su abandono al presbítero Onofre Nebot, que á la sazón lo poseía.

»El abandono sin embargo fué de cada vez en aumento durante los últimos siglos. La casa de Trinidad, objeto de repetidas concesiones reales á prebendados de más ó menos categoría, que apenas se detenían en aquella, sino que gozaban los provechos de sus tierras. Llegó á perder casi por completo su carácter. El obispo titular de Oropi, D. Ramón Sureda canónigo de Mallorca, que en 1685 la obtenía, transmitióla á su sobrina D.^a Magdalena Sureda, y ésta á su hijo D. Marcos Antonio Cotoner marqués de Ariany; pero como no había cesado de pertenecer en propiedad á la corona, fué enagenada definitivamente en Junio de 1811 por decreto de las cortes de Cádiz. Su ruina desde entonces, ó lo que es peor acaso para la vida de los recuerdos, su transformación, se presentaba inevitable y próxima; desaparecían sus escasos restos de antigüedad; y su postrer joya, la tabla coetánea tal vez de la instalación de los Jerónimos ó de los Dominicos, que representa el tremendo juicio final, mejor que en la desierta capilla excitaba ya en Barcelona la admiración de los curiosos. Cuando he aquí que un príncipe... ó la divina Providencia por medio de éste infunde su soplo vital: y la soledad se reanima; y la alegría y la piedad renacen; y ábrense por do quier caminos entre riscos y malezas; y para cada perspectiva, para cada tradición, brota un monumento que la realce ó la consigne; y fórmase un tesoro de preciosidades religiosas ó artísticas venidas de fuera, para agregarse á las nuestras, con tanto amor y esmero reunidas, de nuestras sencillas costumbres y no grosera cultura; y sobre la piedra recogida en Bugía, recogido mejor aún el espíritu heroicamente cristiano que todavía se cierne sobre el lugar del martirio, álzase un nuevo oratorio al gran Raimundo...»

Esto leí al solemnizarse en Enero de 1877 el sexto centenario de la fundación de Miramar con la bendición del nuevo santuario, pequeño sí, pero rico en objetos arqueológicos ó de arte moderno; y ya entonces la casa y el jardín y la gentil galería del claustro de Santa Margarita (véase pág. 817) le hacían buena compañía al rededor. Aprovechados habían sido desde 1872 los cinco años primeros de posesorio, pero no ha alojado posteriormente la actividad de su Alteza, que resi-

cenobios que un tiempo en otras costas más salvajes y en otras regiones más tristemente desiertas educaron en la oración y en la penitencia á los obreros del Señor (a). La parra cobija agradablemente su reducido mirador, la higuera les brinda con su dulce fruto; y los nopales despliegan gigantescos sus palas carnosas, recias y erizadas de traidoras púas, cuelgan sobre el abismo guarneciendo su recta bajada, asoman sus millares de brazos en la mole superior de la cumbre, y aquí lo mismo que bajo el sol de África alivian al viajero sediento y regalan sus húmedos y succulentos higos chumbos á los ermitaños de Valldemosa. ¡Felices éstos que en el servicio de Dios y en la inocencia de sus tareas ven deslizarse mansamente sus días! Ellos no han empañado la de su alma con el trato de las grandes ciudades, mansiones de envidia, doblez y desasosiego; y las impresiones de la naturaleza fortifican su fe, y más y más enderezan al Creador sus pensamientos. Así el extranjero que los mira adelantarse á ejercer los deberes de la hospitalidad sereno el rostro y traduciendo todo su exterior la paz y el contento que en sus

de allí largas temporadas y aun años enteros, ocupado en sus prolijos y concienzudos trabajos sobre las Baleares. Á la primera adquisición se han incorporado las vastas haciendas de Son Galcerán, Son Ferrandell, Son Marroig y Son Moragues, cuya magnífica casa se destina á museo peculiar de nuestras islas como la del penúltimo á musco universal: toda la pendiente hasta el mar, que se encoge y oculta con lo rápido del declive, es ya un bosque sólo penetrable por las mil sendas que la cruzan en forma de laberinto, preparando sorpresas y perspectivas á cada vuelta, ofreciendo descansos y miradores y alguna sencilla obra á que la naturaleza, con ser allí tan rica, sonríe con gratitud inefable, ¿qué será á la torneada rotonda de Lull con su cimborio y portal de imitación bizantina, aislada sobre una roca y accesible sólo por un pintoresco puente? ¿qué á la construcción arabesca del *Puig del Verger* también dedicada al sabio de Miramar? Estatuas, relieves, pinturas, han sido encargadas desde el principio á Alemania ó Italia. Allá bajo se ha reducido á viñedo la aspereza, se han fabricado oficinas para la vendimia, y en la brava orilla todo está facilitado para la pesca ó para el baño. Á nadie allí, sin distinción de país ni de clase, se impide ni se regatea el goce de un espectáculo sin igual; á todos se brinda con decente hospedería para disfrutarlo más cómodamente; así que es continúa la afluencia de visitantes.

(a) Juan Mir se llamaba el penitente fundador de la ermita de Valldemosa á fines del siglo xvii, y en los primeros años del siguiente se construyó la iglesia, rodeada por tres lados de un diminuto corredor con sus celdas; posteriormente, con añadirsele un coro alto, ha perdido algo de su primitiva sencillez.